

MORAL CAPÍTULO III

El peor error. - Iniquidad original. - Riqueza. - Prudencia. - Sabiduría. - Paciencia. - El cerebro y el espíritu. - Placer y dolor. - Afinidades electivas. - El oro. - Contra el homicidio. - Elogio de la paciencia. - La moda. - Apotegmas.

45. El peor error de los hombres radica en sus opiniones. (C. A. 153, v.).

46. Nada hay en el mundo tan engañoso como nuestro propio juicio. (LU. 65).

47. Todos los males que son y que fueron, cometidos al mismo tiempo, no bastarían para satisfacer el deseo de esa cosa inicua que es el alma del hombre. Ni aún contando con todo el tiempo necesario, podría yo describir su naturaleza. (ASH. 1. 137).



San Juan en el desierto. Museo del Santuario del Sacro Monte. Varese

48. Tal como has descrito al rey de los animales, yo lo llamaría mejor el rey de las bestias, puesto que tú eres la mayor de todas ellas.

Mucho más diría si me fuera permitido exponer íntegramente la verdad. Pero no vamos a salir de la esfera humana con llamar suprema infamia a lo que ni siquiera se puede observar en los animales terrestres, puesto que ninguno existe que devore a los de su propia especie, si no es por un defecto del instinto. Tal cosa no sucede sino entre los animales rapaces, como los de la especie leonina, leopardos, panteras, lobos, gatos y otros semejantes que a veces devoran a sus hijos. Pero tú, además de los hijos, te comes el padre, la madre, los hermanos, los amigos, y aun esto no te basta. Te vas de caza a las islas lejanas, haciendo cautivos a otros hombres, y después de castrarlos los haces engordar y los matas para satisfacer tu glotonería. ¿La naturaleza no produce, pues, suficientes vegetales para satisfacerte, no puedes acaso mezclándolos preparar platos compuestos, como lo escribe Platino y otros autores de gastronomía? (R. 844).

49. A los ambiciosos que no se conforman con el don de la vida, ni con el de la belleza del mundo, les ha sido impuesto por castigo que sean incapaces de comprender la vida y que permanezcan insensibles a la utilidad y belleza del universo. (C. A. 91, v.).

50. La prudencia es hija de la experiencia. (R. 1150).

51. No persigas la riqueza que se puede perder; la virtud es nuestro verdadero bien y la verdadera recompensa de su dueño: no se la puede perder, si no se la abandona o si la vida no nos deja. Las mercancías y las riquezas materiales son poseídas con temor, puesto que ellas abandonan con burla a su dueño desde que éste deja de poseerlas. (ASH. 1. 34, v.).

52. Oh, tú que duermes: ¿qué es el sueño? Algo semejante a la muerte. ¿Por qué, pues, no realizas una obra que te preste después de la muerte una apariencia perfecta de vida, a ti, que estando vivo, te haces por el sueño semejante a los tristes cadáveres? (C. A. 76, r.).

53. La vida bien aprovechada es larga. (T. 34, r.).



Estudio para la cabeza del Angel de la Virgen de las Rocas. Biblioteca Real. Turín

54. Del mismo modo que una jornada bien empleada proporciona un buen sueño; del mismo modo, una vida bien aprovechada proporciona una muerte tranquila. (T. 27, r.).

55. ¡Oh Tiempo, destructor de las cosas, y envidiosa vejez, vosotros destruíis y consumís todo, poco a poco, con los duros dientes de la edad, en una lenta muerte! Helena, mirándose al espejo y viendo las arrugas hechas en su rostro por la vejez, llora y piensa en sí misma que fue raptada dos veces. ¡Oh, Tiempo, consumidor de las cosas y vejez envidiosa por quienes todo es consumido! ... (C. A. 71, r.).

56. Nada es tan rápido como los años; y quien siembra virtud, recoge fama. (C. A. 71, v.).

57. Naturalmente, los hombres buenos, desean saber. (C. A. 119, r.).

58. La adquisición de cualquier conocimiento es siempre útil al intelecto, puesto que siempre se puede desechar lo inútil y retener lo bueno. (C. A. 233, r.).

59. Adquiere en tu juventud de que compensar los estragos de la vejez. Si comprendes que la vejez tiene por alimento la sabiduría te esforzarás en tus años juveniles de manera que a los últimos no les falten alimentos. (C. A. 112, r.).

60. Cornelius Celsus: "El supremo bien es la sabiduría; el supremo mal el dolor del cuerpo".

Ahora bien, nosotros estamos compuestos de dos elementos: alma y cuerpo; el alma es, pues, el mejor y el cuerpo el menos importante.

La sabiduría nace del mejor elemento, y el supremo mal procede del menos importante. Lo mejor del alma es la sabiduría, como lo peor del cuerpo es el dolor. Luego: si el mal supremo es el dolor físico, la sabiduría del alma es el supremo bien para el hombre consciente: nada hay que le pueda ser comparado. (T. 3, r.).

61. El conocimiento del tiempo pasado y del estado de la tierra son el ornato y el alimento del espíritu humano. (C. A. 365, v.).



Cabeza del Redentor. Museo Albertina. Viena

62. La fama del rico termina con su vida; se recuerda el tesoro, pero nadie se acuerda del tesorero: bien diferente es la gloria de la virtud de los mortales que la de sus tesoros. ¿Cuántos emperadores y príncipes han pasado, de quienes no queda ningún recuerdo? Sólo buscaron estados y riquezas para dejar un recuerdo.

Cuántos, por el contrario, vivieron pobres de dineros para adquirir virtudes: el deseo del virtuoso se ha cumplido de manera tan diversa que el del rico, como la virtud sobrepasa a la riqueza.

¿No ves que los tesoros no honran a quien los acumuló, después de su muerte, como sucede con la ciencia que siempre atestigua y proclama el nombre de su creador; y todo porque ella es hija del que la engendró, y no hijastra, como la pecunia? (LU. 6S).

63. Demetrio tenía por costumbre decir que ninguna diferencia hay entre las palabras de los tontos e ignorantes y los ruidos y sonidos del vientre que provienen del exceso de gases. No lo decía, por cierto, sin razón, puesto que estimaba que no valía la pena de establecer ninguna diferencia del lado de donde partía la voz, ni de informarse si ella provenía de la parte inferior o de la boca, porque una y otra son equivalentes en valor y substancia por lo que se refiere a ciertas gentes. (T. 41, v.).

64. No faltan los medios para dividir y medir nuestros miserables días que huyen y pasan inútilmente sin brillo y sin dejar recuerdo alguno en el espíritu de los mortales. Hagamos, pues, que nuestra miserable carrera no se termine inútilmente. (C. A. 12, r.).

65. La lujuria es causa de generación.
La gula mantiene la vida.
El miedo o el temor la prolongan.
El dolor es la salvación del organismo. (ASH. 1. 32, v).



Cartón para la Virgen, el niño Jesús, Santa Ana y San Juan. Burlington House. Londres

66. Tal como el coraje suele poner en peligro la vida; el miedo es una causa de seguridad. (C. 117, v.).

67. La paciencia obra contra las injurias como los vestidos contra el frío. Si tú multiplicas tus vestidos según la intensidad del frío, ese frío no te podrá perjudicar. Procede así ante las grandes injurias, redobla tu paciencia, y ellas no podrán alcanzar tu espíritu. (L. A. 117, v.).

68. Equivocadamente se lamentan los hombres sobre la fuga del tiempo, reprochándole su velocidad, encontrando que no les ofrece espacio suficiente; pero la buena memoria, don de la naturaleza, hace que toda cosa sucedida mucho tiempo ha, parezca presente. (C. A. 76, r.).

69. Nuestro juicio no siempre aprecia las distancias que separan a las cosas hechas en diversos períodos de tiempo, ni sus intervalos relativos. Sucesos que tuvieron lugar en épocas remotas nos parecen próximos y casi actuales; en cambio, muchas otras circunstancias relativamente recientes nos parecen lejanas, cuando en realidad su antigüedad no se remonta más allá de nuestra primera juventud.

Del mismo modo se comportan los ojos en relación a las distancias, que cuando están iluminadas por el sol parecen próximas, en tanto que otros espacios más breves, pero sombreados, parecen alejados. (C. A. 76, r.).

70. He aquí una cosa que se rechaza tanto más cuanto más se necesita de ella: el consejo. Mal a su gusto lo escucha el que más necesitaría de él: es decir, el ignorante.

He aquí otra cosa que nos persigue tanto más cuanto más se le huye: la miseria, que en la medida en que la quieras evitar, te abrumará sin dejarte reposo. (C. A. 90, r.).

71. Cuando la obra satisface al juicio, ¡qué triste signo para ese juicio! Y cuando la obra resulta superior a él, entonces es peor, como sucede con los que se maravillan de haber obrado tan bien. Cuando el juicio sobrepasa a la obra, he aquí el signo perfecto. Si un joven se halla en esta disposición, es indudable que se convertirá en un excelente artista; sus obras serán poco numerosas, pero llenas de cualidades que detendrán a los hombres capaces de admirarlas para contemplar sus perfecciones. (C. A. 90, r.).

72. El que no refrena su voluptuosidad se rebaja al rango de las bestias. (ASAZ. 1. 119, r.).

73- ¡Oh falso resplandor, a cuántos antes que a mí, en los pasados tiempos, has engañado miserablemente! Si yo busco la luz, ¿no debo empezar por distinguir el resplandor del sol, del brillo falaz de la candela que humea? ... (C. A. 66, r).

74. En primer lugar, aquel que esté privado de movimiento, que se ha cansado de servir, carecerá de la actividad que comporta la ayuda.

¡Fatiga, primera muerte! Yo no me canso nunca de servir. Yo no me canso nunca de ayudar.

No todas las obras pueden realizarse en un instante.

Las manos en las cuales caen ducados y piedras preciosas no se cansan jamás de servir, pero este servicio solamente es prácticamente útil, y, no según nuestra intención. La Naturaleza, como yo, procede naturalmente. (ASH. 1. 48, v.).

75. La leña alimenta al fuego que la consume. Cuando aparece el sol que nace de las tinieblas, tú apagas la lámpara que lo ocultaba a tu necesidad y a tu comodidad. (ASH. 1. 22, v.).

76. La fama se eleva al cielo, porque todas las cosas virtuosas son amigas cíclicamente a Dios. La infamia se debe representar abajo, porque todas sus actividades son contrarias a Dios y se dirigen hacia el infierno. (ASH. 11. 22, v.).

77. El placer y el dolor pueden ser presentados juntos y acoplados porque jamás el uno está separado del otro.

Con las espaldas adosadas porque son contrarios el uno al otro, sostenidos por un cuerpo único porque ellos provienen del mismo fundamento, porque si el fundamento del placer es el esfuerzo contra el dolor, este último se encuentra siempre en el fondo de todos los goces diversos y

lascivos. Se supone que la caña, puesta en la mano del placer, es el símbolo de la vanidad y falta de fuerza, siendo su picadura venenosa. En Toscana nosotros empleamos las cañas para sostener los lechos; ello significa que en ellos se efectúan vanos sueños; y que allí se consume una gran parte de la vida y se pierde mucho tiempo útil, sobre todo por las mañanas cuando el cuerpo puede rendir un nuevo esfuerzo y el espíritu se encuentra descansado y moderado; en ellos, toman aún origen muchos vanos placeres y en ellos el espíritu sueña con cosas imposibles y. con los placeres del cuerpo que son causas de disminución vital. De este modo, la caña condice plenamente con tales fundamentos. (R. 1196).

78. Si tú afirmas que la visión te impide la aplicación de la sutil cogitación mental que penetra las ciencias divinas, y que este inconveniente fue lo que indujo al filósofo a privarse de la vista; yo te responderé que el ojo, como señor de los sentidos, cumple su función oponiéndose a las concepciones confusas y, engañosas que no constituyen ciencia, sino divagaciones con las que se discute a base de gritos y desaforados gestos. Tal filósofo, pudo también haberse privado del oído, sin lo cual seguiría igualmente ofendido, puesto que él pretendía el acuerdo en el que todos los sentidos callan.

Y si semejante filósofo se destruyó los ojos para mejor razonar, piensa que este acto fue destruyó consecuencia de su cerebro y de sus razonamientos que querían para sí todo el espacio. Luego, pues ¿no podía sencillamente cerrar los ojos, cuando se sintió presa de tal frenesí, y mantenerlos cerrados hasta que se calmara su locura? Pero el hombre estaba loco y su razonamiento también, y así fue como, estúpidamente, se cegó. (LU. 16).

79. La parte tiende a reunirse al todo, para terminar con su imperfección; el alma desea permanecer con su cuerpo porque sin los instrumentos orgánicos de ese cuerpo, no puede actuar ni sentir. (C. A. 59, r.).

80. El amante se mueve a causa de la cosa alnada, como los sentidos a causa de lo sensible; se unen entre ellos y no constituyen sino un solo objeto.

La obra es lo primero que nace de tal unión. Si la cosa amada es vil, el amante se envilece. Cuando la cosa unida conviene al que a ella se une, el resultado es: delectación, placer y serenidad. Cuando el amante se une al amado, reposa. (T. 6, r.).

81. *Venerem observam solam hominibus convenire*, título de una plancha de anatomía publicada por Uzielli. (T. 6, r.).

82. Y saldrá de la tenebrosa y oscura tierra una cosa que pondrá a toda la especie humana en grandes inquietudes, peligros y muertes.

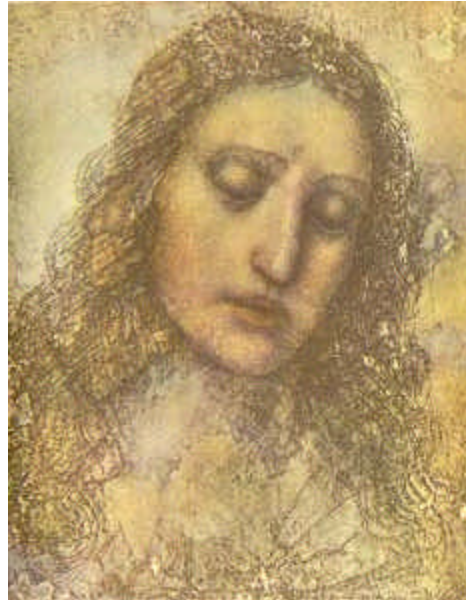
A muchos cíe los que lo busquen a través de grandes penas, el oro les dará placer: pero quién de él se vea privado, morirá lleno de dolor y calamidades.

Esta cosa inspirará infinitas traiciones; esta cosa impulsará a los hombres al asesinato, a robos y perfidias; infundirá sospechas entre sus propios partidarios; privará de sus derechos a las ciudades libres; y quitará la vida a muchos; atormentará a los hombres en sus artes con engaños y traiciones.

¡Oh, monstruoso elemento! ¡Cuánto mejor sería para el hombre que volvieras al infierno! Por tu causa los grandes bosques son arrasados; por tu causa un número infinito de animales perderá la vida. (C., A. 362, r.).

83. Y tú, hombre, que consideras en mi trabajo la obra admirable de la naturaleza puedes juzgar por ti mismo que ella es cosa cuya destrucción está prohibida. Piensa, entonces, qué crimen es el de quitar la vida al hombre, cuya simple imagen te parece una maravilla de arte. Piensa en el respeto que debes al alma que habita semejante arquitectura, que, verdaderamente acredita por su belleza su procedencia divina. Así, pues, deja a esa alma que habite su obra a su placer, y no quieras que tu cólera o tu maldad destruyan una vida tan bella; puesto que el hecho de no estimarla, equivale a no merecerla.

En fin, es muy a su pesar, que el alma abandona su cuerpo; y, créeme, sus quejas y su dolor no dejan de estar ampliamente justificados. (TV. An. 22).



Cabeza del Redentor. Pastel. Pinacoteca de Brera. Milán

84. Recuerdo que en los días de mi infancia he visto a los hombres altos y bajos, mostrando los extremos de sus vestidos cortados por todas partes, de la capa a los pies y sobre los costados. No contentos con tan peregrina invención, en esa época, se cortaban aún los propios cortes; y las cogullas, los zapatos, los sombreros aparecían cortados del mismo modo; sedas de varios colores salían de esa multitud de costuras de los vestidos.

Más tarde he visto el calzado, los birretes, las escarcelas, y hasta las armas que se llevan para atacar, los cuellos de los abrigos, los extremos de los mantos, la cola de los vestidos, confeccionados en forma de largas puntas interminables, propias para poner en ridículo a los mismos que con ellas se creían muy elegantes.

Más adelante se comenzó por aumentar las mangas y ellas se agrandaron de tal manera que una sola resultaba más grande que el propio manto. En seguida se levantaron los cuellos a tal punto que la cabeza entera quedaba envuelta. Inmediatamente la moda consistió en desvestirse de tal modo que los paños no podían sostenerse sobre los hombros, porque éstos quedaban totalmente descubiertos. Después se alargaron los trajes de manera que los hombres tenían que ir con los brazos cargados de ropa, para evitar pisarlas y enredarse con ellas. Finalmente, se cayó en tal exageración que consistía en vestirse de un solo lado hasta el codo de un modo tan ajustado que resultaba un verdadero suplicio y muchos se ahogaban. Los pies iban tan apretados en el calzado que los dedos se encimaban, cabalgando el uno sobre el otro. (F. 96, v.).

85. Todos los hombres desean hacer fortuna para dársela a los médicos, destructores de la vida. Los médicos deben ser, pues, indudablemente ricos. (F. 96, v.).

86. Los hombres son dotados por los médicos de enfermedades que antes no se conocían. (R. 707).

87. Si te ingeñas en conservar la salud, lo conseguirás tanto más cuanto más te guardes de los físicos, porque sus remedios son del mismo género que la alquimia que ha producido tantos tratados como la medicina. (R. 707).

88. ¡Oh, negligente naturaleza! ¿Por qué eres tan parcial, portándote con respecto a tus hijos, no como piadosa y buena madre, si no como crudelísima e implacable madrastra? Veo a tus hijos librados al servicio de otros, sin beneficio para ellos, y recibiendo un grande y verdadero martirio por toda retribución por los servicios prestados; y con toda su vida entregada al servicio de sus verdugos. (Bestias de carga). (C. A. 143, r.).

89. Las peores fatigas son recompensadas con el hambre, la sed, la enfermedad, los golpes de puño y los palos, los juramentos y toda suerte de infamias. (Los asnos). (C. A. 362, r.).

90. Ningún consejo tan sincero, como el que se da sobre el navío que naufraga.

91. No prever, es ya gemir.

92. Belleza y utilidad, ¿no podrían estar juntas como en los castillos y en los hombres?

93. Si la virtud tuviera cuerpo, no podría vivir en este mundo.

94. La brutalidad y la belleza se hacen más poderosas cuando marchan juntas.

95- ¡Oh, miseria humana! ¡De qué no te haces esclava por el dinero!

96. La misma cosa es hablar bien de lo que no se lo merece; que hablar mal de lo que es bueno y está bien.

97. De una pequeña causa se suele derivar una gran ruina.

98. La constancia no consiste en empezar, sino en perseverar.

99. Nada se debe temer tanto como la mala fama, porque ella nace siempre de los vicios.

100. Un ánfora rota se puede arreglar si es de barro crudo, pero no si es de barro cocido.

101. Lo que es bello, no siempre es bueno; y por ese error vemos triunfar a muchos charlatanes sin la menor doctrina.

102. El que se quiere enriquecer en un día, pasa miseria todo el año.

103. Para recordar los beneficios, la ingratitud no tiene memoria.
104. Reprocha al amigo en secreto y elógialo en público. Si tienes que pedir consejo, pídeselo al que ha sabido corregirse a sí mismo.
105. El que terna el peligro no perecerá a causa de él.
106. Hay males que no me dañan, y bienes que no me alegran.
107. El que ofende a otro ha perdido su propia seguridad.
108. La estupidez es el arma de la mentira, como la imprevisión es el arma de la pobreza.
109. Donde hay libertad, no importan las reglas.
110. Las amenazas son las únicas armas del que amenaza.
111. Crece tu reputación, como el pan en las manos de los niños.
112. El que no enfrena la voluptuosidad se rebaja al nivel de las bestias.
113. Quien poco piensa, se equivoca mucho.
114. Quien no castiga el mal, ordena que se lo haga.
115. Quien toma la serpiente por la cola puede ser mordido.
116. Más se discuten los principios que las conclusiones.
117. Quien no conozca temor, conocerá perjuicio.